

do incorruptible. El Cabildo de Rionegro, 13 de septiembre de 1882”.

En Medellín las altas autoridades civiles y eclesiásticas, la prensa, sus amigos y la sociedad enaltecieron las virtudes de que fué espejo limpidísimo aquella vida. Todavía al cabo de cuarenta años fué un esclarecido discípulo del Dr. Martínez Benítez el promotor de las solemnidades centenarias que estamos celebrando. El Dr. Rafael del Corral informó para segundo debate acerca del Proyecto presentado a la consideración de la Asamblea del año pasado por el H. D. José María Zuluaga y su informe, ya lo he dicho otra vez, fué anticipado monumento, pues la gallarda pluma del notable parlamentario trazó una semblanza completa del gran ciudadano cuyo recuerdo nos congrega.

La Ordenanza número 21 de 1923 de la Asamblea de Antioquia dispuso en su artículo 4o., después de mandar en los anteriores que se colocara en el Salón de Retratos de la Universidad el del ilustre caucano e hijo adoptivo de Antioquia, que uno de los Profesores de la misma Universidad, designado por el Rector, hiciera un resumen histórico de la vida del Dr. Martínez Benítez. Muy grata ha sido la ocasión que se me depara de rendir en esta forma mi culto a una de las glorias más puras de la Patria, y lo hago con toda la efusión de mi alma porque sé que no hay una hipérbole en el boceto—mal concebido desde luego—que acabo de trazar y que coloco como modesta guirnalda sobre la tumba del varón preclaro.

EL ARTE MONUMENTAL

PRIMITIVO EN AMERICA DEL SUR

Por el Profesor Doctor K. Th. Preuss, Director del Museo Etnológico de Berlín. 1919

Tal vez sea Colombia la República sudamericana menos conocida en Alemania, a pesar de ser tan grande como Alemania y Francia juntas, y prometer sus riquezas naturales un desarrollo grandioso, una vez que se logre explotar el país por medio de caminos y ferrocarriles. Este su estado casi virgen, sin embargo, ha con-

servado intacto para el arqueólogo y etnólogo un vasto campo de investigación, si sabe elegir juiciosamente entre las sierras lejanas y las vastas llanuras de los ríos al Este de las cordilleras el lugar de su trabajo. Así, cuando en 1913, por encargo de la Administración General de los Museos de Berlín, emprendí un viaje científico a Sudamérica, me convencí desde luego que mi tarea debía consistir en buscar antes en los extensos desiertos los mejores campos de exploración. El primero fué un centro, único en Sudamérica, del arte monumental primitivo, situado en los alrededores del pequeño pueblo de San Agustín, cerca del nacimiento del gran río colombiano que corre hacia el Norte, el Magdalena. Aquí, un poco al Norte de la línea ecuatorial y en una altura de 1.700 metros, el cartógrafo italiano Codazzi había descubierto a mitad del siglo pasado unas treinta grandes estatuas y figuras de animales hechas en piedra, sin que hasta mi llegada los conocimientos sobre aquellos monumentos hubiesen sido amplados de manera considerable. Comenzaron entonces investigaciones y excavaciones asiduas en esos terrenos, cubiertos en gran parte por una selva virgen, y particularmente en los lugares donde algunos cazadores habían hallado vestigios de tales monumentos. En cuatro meses todo estaba descubierto y explorado. El primer campo de investigación se había quintuplicado, encontrándose unas 120 estatuas y relieves. De 38 de las más hermosas se sacaron con harta dificultad moldes de papel, y 14 figuras originales menores y dos cabezas fueron enviadas a Berlín. Sólo a fines de 1919, demorado a causa de la guerra, pude regresar a Alemania, y después de haber llegado también los últimos originales, fué posible reunir en una exposición especial, instalada en el patio del antiguo Museo de Artes y Oficios, las copias tomadas en papel y fundidas ahora en yeso, los originales y lo poco que de utensilios y cerámica se había hallado. Terminada la exposición, y a pesar del interés general que había despertado, sólo una pequeña parte de los objetos pudo ingresar en el Museo Etnológico, mientras que los demás en su mayoría fueron llevados al anexo de Dahlem (cerca de Berlín), destinado menos a fines de exposición que de estudio.

¿Cuál fué el origen de esta civilización misteriosa?
¿Cuáles fueron los habitantes que elevaron estas colosales figuras de piedra, altas hasta de 4 metros, y qué edad

había qué adjudicarles? Tales preguntas han de ocupar aún por largo espacio de tiempo a la arqueología sudamericana, cuya tarea más próxima ha de consistir en hacer accesible el nuevo material en una obra extensa para su comparación con las otras civilizaciones sudamericanas.

A pesar del acierto artístico con que estas cabezas grotescas están colocadas sobre los cuerpos cortos y recogidos; a pesar de los prominentes colmillos en punta; de las abultadas aletas nasales; del pelo recortado en gradas; de la típica forma oblonga de los ojos, de iris redondo; de la disolución ornamental de las formas faciales y de otros indicios, existen, sin embargo, muchos detalles que no se hallan más que unas pocas veces, y todo ello puede relacionarse con las regiones de América más opuestas: con México y Nicaragua al Norte; al Sur, con las célebres ruinas de Tiahuanaco en Bolivia, cerca del lago Titicaca, ya junto a la frontera peruana, y al Este, con el curso central del Amazonas. Se ve realizada particularmente la concepción de que sobre una figura humana se halla representada una segunda cabeza o un segundo cuerpo, que en su parte posterior termina en serpiente o algún otro animal, de modo que por una sola figura están expresados dos seres distintos, humano el uno y animal el otro.

Todo ello permite aseverar que los monumentos eran de índole religiosa, que el genio estético estaba subordinado a la religión y que las figuras se proponían un fin edificante. Además, la mayor parte de ellas se hallaban colocadas en una especie de templos subterráneos de base rectangular, rodeados de piedras grandes y cubiertos con otras semejantes a modo de techumbre. A veces, a cada lado, un monolito en forma de guerrero sostenía la piedra anterior del techo, quedando abierta la entrada. En la existencia de esta abertura se distinguían los templos de los sepulcros, que en parte contenían grandes sarcófagos monolíticos, en forma de artesa, con sus tapas de piedra bien ajustadas; además, los sepulcros eran menores que los templos que medían un largo y alto hasta de 3 y 4 metros. Esta semejanza entre sepulcros y templos hace verosímil que se haya tratado de un culto a los antepasados, sobre todo, porque entre las figuras se hallan representados gran número de hombres y mujeres con martillo y cincel en las manos, como si fueran los funda-

dores de esta labor, elevados a divinidades del arte escultórico. Otras figuras manifestaron por emblemas de la luna—medias lunas como adorno del cuerpo o de la raíz de la nariz, como pendiente de las narices—o por un símbolo que llevaban en la mano ciertas relaciones con este astro, como correspondía a figuras colocadas en subterráneos. También una figura gigantesca con dos cabezas opuestas en lo alto y bajo, de las cuales la inferior estaba metida profundamente en el suelo, mientras que la superior se alzaba al aire, parece indicar a la luna clara y obscura, particularmente porque la superior, la luna clara creciente, aparece devorando a un hombre; pues siempre en los mitos, la luna creciente y llena se pinta muy voraz. Una multitud de grandes figuras animales, lagartos, serpientes, ranas, monos, roedores, una puma cogiendo una presa, un buho con una culebra en sus garras, representan a los demonios animales, lo que, tal vez, presupone creencias tolemísticas en aquel pueblo, indicando el origen animal de las diferentes familias.

Cuando, en 1538, los españoles llegaron a las cercanías inmediatas de esos lugares sagrados, no hicieron mención de las figuras monumentales, a pesar de relatar detenidamente sus luchas con los indios. Hay que suponer, pues, que ya entonces aquellas regiones se hallaban abandonadas y que el bosque cubrió los templos y las estatuas antiguas. Si se considera el desarrollo lento de esa civilización y tomando en cuenta ciertas relaciones con las civilizaciones antiguas del desierto peruano, que algunos sabios hacen retroceder a la época del nacimiento de Jesucristo, se podrá señalar, con algún derecho, como fecha de origen de los monumentos de San Agustín, la mitad del primer milenario de nuestra era.

También mis viajes ulteriores por Colombia debían servir indirectamente a la aclaración de este descubrimiento. Pero, ni al Oeste de la Cordillera Central, donde navegando hasta la región de Bolívar y el río Patía que ya desemboca en el Pacífico, busqué parecidos restos monumentales, ni al Este, al otro lado, de la cordillera oriental en el terreno bajo de los afluentes del Amazonas, encontré entre los indios que todavía viven allí, vestigios materiales. Tal vez, sin embargo, las extrañas creencias religiosas de la tribu de los Uitotos, estudiada por mí, cuyas tradiciones y canciones apunté en su idioma,

(1) podrían contribuir a llenar de vida, el fondo religioso de aquella civilización de escultores de piedra.

EL CORAZON DE GIRARDOT

(Publicado en "El Progreso" de Medellín del viernes 22 de agosto de 1913).

El 30 de septiembre próximo hará un siglo que en la cumbre del "Bárbula" se apagó la vida del héroe de nuestra emancipación, Coronel Atanasio Girardot, hijo ilustre de Medellín.

Sabemos que el Libertador Bolívar una vez sepultados los restos en Valencia ordenó que el corazón fuese llevado a Caracas en procesión triunfal, y allí fuera depositado en urna de cristal en la Catedral de aquella Ciudad.

En julio del año siguiente, 1814, ocuparon a Caracas las fuerzas realistas comandadas por Boves, las cuales solicitaban el corazón de Girardot con empeño e inusitado descaro, del entonces Arzobispo de Caracas D. Narciso Coll y Prat. Temeroso éste de que cometieran alguna profanación, lo sacó del templo.

En 1816 D. Pablo Morillo acusó a Coll y Prat ante el Gobierno español por afecto a la causa de la Independencia y por haber dado sepultura en la Catedral al corazón de un republicano.

Coll y Prat marchó a la Península a responder en juicio ante el Consejo de Indias. Este alto Tribunal sentenció su causa y le absolvió a principios de 1821. En 1822 murió Coll y Prat cuando se disponía a marchar a Palencia a ocupar la Silla Episcopal de aquella Diócesis, con cuyo nombramiento había sido investido.

Parece que el ilustre Arzobispo llevó a España el corazón de Girardot, como prueba testimonial de que no estaba sepultada esa entraña en la Catedral de Caracas. Es de advertir además, que en aquella época estaba prohibida cualquier mutilación por Pragmática Real.

Estas dos pruebas las adujo uno de los defensores

(1) Religión y Mitología de los Uitoto, 2 tomos, Göttingen 1921-1923.